

esplotar en aquellas comarcas en cuatro siglos que van trascurridos las riquezas, patentizando de esta manera que el oro es un don bastante fatal, sino que salvando rápidamente esta enorme distancia, nos trasportaremos con nuestro héroe al suelo de la California, objeto de su ardiente codicia, y de sus continuos deseos.



IV.
LA CALIFORNIA.

La California se divide en dos provincias muy diferentes. La *baja California* forma una larga península, extendida entre el Océano Pacífico y el mar Bermejo. Es país montuoso, sin cultivo en su mayor parte y estéril por la escasez casi completa de agua que la fertilizara. Sus pueblos que son muy pocos decaen cada año de importancia y de población, ni se ocupa en otro comercio que vender algunos víveres á los buques balleneros.

La *alta California*, situada al Norte de la península, está lindando con el Oregón, el Océano Pacífico, la *baja California*, el mar Bermejo, y el estado de Sonora perteneciente á Méjico. Está cortada por

dos cadenas de montañas, regada por dos caudalosos rios, el Colorado y el Sacramento, y sus valles, bañados por abundantes aguas son de una fertilidad asombrosa.

Allí se dan con abundancia los productos de los climas templados, juntos con los de la zona tropical, el trigo, la caña de azúcar, el añil que llegan á una perfeccion no comun: las viñas que producen exquisito vino: las higueras, las palmeras y los naranjos que prodigan sus deliciosos frutos.

Pero no son tan sencillas y gratas producciones las que el hombre va á buscar á este favorecido país: por el contrario, esto lo ve con el mas alto desprecio, y lejos de cultivar un suelo tan fecundo, lo destruye, lo caba hasta sus profundas entrañas, para extraer lo que se encuentra oculto en ellas.

Los rios llevan en sus aguas multitud de granos del precioso y delicado metal codiciado; y las rocas de las montañas encierran tan ricas posiciones, donde por tanto tiempo han dormido estos tesoros sin excitar el deseo ni la envidia del hombre. Una circunstancia casual¹ las dió á conocer; y desde aquel ins-

¹ En 1830, un oficial suizo de la antigua guardia real, fué á radicarse en la Alta California. Estableció allí un laborio agrícola que dió los mejores resultados. Un día, haciendo detener un arroyo con el objeto de hacer una presa, vió que la arena y las piedrecitas del arroyuelo contenian pepitas de oro puro. Esta nueva se esparció al punto y atrajo un gentío inmenso á la California.

tante la poblacion de California, la de los Estados- Unidos mas tarde, y los europeos buscadores de oro, concurrieron á las orillas del Sacramento. Entonces se vió, al par de la abundancia de oro y la extrema carestía de los víveres, la miseria en el seno de la riqueza, y las privaciones sin límites en medio de las fortunas increíbles. Pero ¡ah! ¡qué privaciones no es capaz de soportar el hombre por adquirir opulencia en la cual cree alcanzar el fin de sus padecimientos, y que se le presente como el equivalente de la dicha y de la libertad!

Octavio henchido de esperanza y de ambicion llegó á San Francisco, y sin pérdida de tiempo, se unió á los buscadores de oro que se dirijian hácia las montañas.

Este viaje fué tambien peligroso, largo y penoso. El camino estaba formado de una espesa capa de greda, ablandada por las lluvias de las tempestades que tan frecuentes son en aquel país, infiltrada por los arroyos que descienden de las alturas, cruzado todo por profundas grietas que encubren pérfidamente la vegetacion superabundante de este clima. El macho en que montaba Octavio iba sumido hasta el jarrete en el lodo, y su jinete herido por los rayos del sol semejantes á las saetas de fuego, y algunas veces por los súbitos aguaceros, acompañados de agudos relámpagos y de espantosos truenos, no sentia encenderse su valor algunas veces vacilante, sino pensan-

do en la Europa, en sus placeres, que iba á comprar con algunos días de fatiga y de sufrimientos. Las tempestades rápidas y frecuentes de este país, no disminuyen en nada la intensidad del calor, las cuales son producidas por los espesos vapores que se levantan de un suelo cargado de una vegetacion abundante que el sol, no obstante su fuerza, no llega á secarla jamás. El temporal es horroroso, en estos campos mudos y solitarios; pero aunque el espantoso rugir del trueno ha cesado de escucharse, los animales feroces se llaman por medio de prolongados aullidos: los pájaros de los bosques se responden bajo la sombra del nopal y del liquidámbar: las diversas familias se cuentan para cerciorarse de si ha perecido alguno en la pasada tormenta.

Algunas veces, el camino que seguia Octavio dimanaba de una larga corriente de agua, sin nombre en el mapa, pero deslumbrante por su frescura y magnificencia. Corria el agua limpia como el cristal bajo una bóveda de verdura, formada por el enlazamiento de las enredaderas que arrojaban de una orilla á la otra sus flores de vivos matices, y sus exquisitos perfumes; pero por desgracia el encanto que no se saciaban de observar los viajeros desapareció demasiado pronto de su vista.

Multitud de insectos rústicos, abejas, tarántulas de áspero aguijon, cubrian el aire: bajo el dulce y fresco césped, entre los zarzales de una verdura eter-

na se veian relucir los ardientes ojos de un reptil: las mismas aguas tan puras y tan claras en sí, servian de espejo á los caimanes y á los cocodrilos. La mente de los viajeros se hallaba absorta por una lucha continua, originada por el instinto imperioso de la conservacion; y esta bella naturaleza, este lujo de colores, de formas y de perfumes, perdian sus encantos, á la vista de una incesante inquietud, y de un combate sin tregua contra los peligros siempre nuevos. Los escollos que se encuentran en el centro de estas regiones tan bellas á la vista, tan seductoras para los sentidos ¿no son una elecuenta escuela? ¿No nos enseñan ellas que la salud, la vida, así como la paz y la dicha no se encuentran en una latitud templada, y que Dios ha colocado en la moderacion el secreto de todo lo que es un bien para el hombre y de todo lo que es bueno para su felicidad? . . .

No estaba Octavio en estado de sacar provecho de estas lecciones que Dios ha grabado en sus obras: sus deseos, su ambicion, excitadas aun por las narraciones de sus compañeros de viaje iban continuamente en aumento. En fin, los guias mostraron de léjos las cimas de la Sierra-Nevada, cuyo punto culminante conservaba aun una diadema de nieve. De esta cadena de montañas, dimanaban los rios y riachuelos auríferos, y en sus rocas se encuentran esos sitios de oro que ocultan muchas veces uno solo una gran fortuna. Después de un día de marcha, llegó

la caravana á las orillas de un gran raudal de agua, llamado la Yuba, cerca del cual estaba acampada una poblacion inmensa ocupada en la busca del oro. Nunca aspecto mas extraño habia herido los ojos de Octavio. Una orda de bohemios, un campo de cosacos no hubieran presentado un aspecto tan pobre, mas destrozada que la ciudad errante de los buscadores de fortuna. Allí se veian confundidas todas las razas americanas: fieros republicanos de la Union, habitantes de la Florida y de la Luisiana, mejicanos, indios, negros, mulatos, mestizos y entre ellos un gran número de europeos, ingleses en lo general; atraidos á estas lejanas costas por el tráfico, y arrastrados por el irresistible atractivo del oro. Tambien se veian algunos marineros franceses, retenidos por la esperanza de llevar una gran fortuna á su pobre hogar natal. En el mismo momento en que la caravana en que iba Octavio desfiló por el llano donde serpenteaba el Yuba, se acercó la noche. Por todas partes, sobre el flanco de las montañas, á las orillas del rio, se encendian hogueras al rededor de las cuales acampaban los atrevidos aventureros; y al resplandor rojizo de estas hogueras, se veian las pobres chozas de greda y de ramaje, que servian de retiro á este inmenso pueblo. En lontananza, algunos fuegos brillantes se derramaban sobre las desiertas cumbres.

—Estos son, le dijo el guia á Octavio, los hogares en los cuales los buscadores de oro guardan las por-

ciones de roca que han arrancado en su trabajo. El fuego permite ver la presencia del metal. Algunos buscadores no quieren explorar las montañas, las cambian su curso, y lavan la arena que casi siempre encierra oro en polvo. Vos escogereis el modo que os parezca mejor.”

Octavio, reflexionando en lo que le acababan de decir, apresuró su cabalgadura, y se acercó á un fognon, al rededor del cual estaban hablando en francés. Eran los oficiales y algunos pasajeros de un buque del Havre y que arribando á San Francisco, habian oido hablar de las maravillas de Californias, y habian llegado á las montañas para adquirir alguna parte de sus riquezas. Al acercarse Octavio á ellos, le miraron con alguna atencion, pero juzgándole ya hecho á las costumbres de la colonia, prosiguieron diciendo: Asi es que nosotros confesaremos sin reserva que la mas completa miseria reina en medio de la opulencia, que los víveres están sumamente escasos, de pésima calidad, y á exorbitante precio: el jornal de los albañiles, carpinteros, y demás trabajadores, á un precio fabuloso; pero anunciados por un porvenir de goces y de delicias, sufrian pacientemente las incomodidades presentes.

Octavio lleno de esperanza, después de comprar sumamente caro una malisima cena, se acostó en el suelo envuelto en su capote, y soñó toda la noche en Cosme y en el hermoso palacio que iba á edificar en

Paris y en el espléndido hotel que pensaba habitar.

Al siguiente día alquiló á un precio exorbitante una incómoda cabaña, amueblada con malísimos muebles, y abandonada la víspera por un habitante del Ohio que habia adquirido por medio del juego un cambio favorable en su fortuna. Compró las herramientas necesarias para la extraccion de las rocas y lavar la arena, y á los dos días se encaminó, bajo los rayos de un sol abrasador á buscar la felicidad tantas veces soñada. Guiado por las señas de un indio, se internó en un valle estrecho, armado de su barreta, baston de fierro puntiagudo, y con la ayuda de este instrumento, y después de imponerse el deber de arrancar cierta cantidad de roca, empezó sus faenas en un punto, cuyas masas irregulares y salientes se extendian sobre la cima de la montaña. El trabajo era sumamente penoso: insoportable el calor, y el afan sin límites; pero el animoso jóven no sentia ni la fatiga que destruia sus miembros, ni el sudor que corria en abundancia por su frente, porque una ardiente y lisonjera esperanza le sostenia. Al oscurecer encendió fuego con ramas seca, y colocó los pedazos de roca. . . . Una agitacion profunda embargó su corazon. . . . Vió desprenderse algunas piececitas brillantes; pero cuando se apagó el fuego y liquidados los pedazos de roca, el jóven minero se convenció que la ganancia del día consistia en tres ó cuatro pesos. . . .

Este desgraciado suceso que parecia desvanecerlo todo, no desmayó en nada su ardor. Al siguiente día, desde el amanecer hasta ponerse el sol, se le vió, perseverante, infatigable, inclinado sobre la roca que regaba con su copioso sudor, arrancando pedazos de piedra, ahondando á una profundidad considerable la mina que habia abierto, y sin desmayar jamás, porque no correspondieron los resultados á sus esfuerzos.



EL MISIONERO.

El vasto campo en medio del cual alimentaba Octavio sus ambiciosas esperanzas, ofrecia con frecuencia escenas las mas dolorosas. Unas veces llegaban familias de emigrados que venian de los Estados-Unidos, y que habian atravesado los inmensos desiertos que separan la California de las orillas orientales de la América. Durante el largo y penoso viaje de diez, doce ó quince meses, se agotaban las provisiones, el hambre y la desesperacion se constituian en inseparables compañeros; los bueyes, los caballos que conducian los bagajes sucumbian á la fatiga y al ham-

bre, y las personas mismas llegaban extenuadas y casi moribundas á aquellas regiones á donde su fatal ambicion las habia arrastrado. ¡Y dichosos aun si ninguna de entre ellas moria abandonada bajo algun árbol del campo, echando de menos su pobre cortijo y su gozoso trabajo!

Con frecuencia tambien se veia volver á partir tristes, desesperados, algunos mineros que habian abandonado en Europa ó en América una posicion mediocre por una engañosa esperanza, y que después de crudos trabajos, y de inexplicables fatigas, renunciaban al fatal objeto de sus inútiles afanes, y se volvian á su patrio suelo tristes, lastimados, deshechos tanto de cuerpo como de espíritu.

Deseosos de abandonar un suelo que tan ingrato se habia mostrado para ellos, vendian á cualquier precio la mina que con tanto trabajo habian abierto, y quizá al día siguiente extraño golpe de fortuna hacia que el dichoso comprador encontrase al primer barrerazo la vena por tanto tiempo buscada. A menudo, y para colmo de fatalidades, aparecia tambien en el campo de los infelices mineros la terrible peste llamada cólera con su faz espantosa y lívida, amenazando destruirlo, todo, y el vómito negro, haciendo ambas plagas numerosas victimas que algunas veces, en las rápidas torturas de la agonía, no dejaban al triste moribundo ni el tiempo necesario para legar su oro á sus ausentes familias.

Los desdichados acometidos morian solos sin ser conocidos, sin ser llorados, sin que una mano amiga uniese las suyas frias, y sin que pudiesen decir qué nombre debian poner sobre su tumba.

Una tarde estaba Octavio en su cabaña arreglando los pedazos de metal recogido, cuando oyó la voz de un niño que le llamaba. Abrió la puerta de su choza, y entró un muchacho que con aire de espanto le dijo:

—Señor, vuestro vecino va á morir del vómito... y está enteramente solo. . . .

Octavio retrocedió algunos pasos sin responder. Era valiente por naturaleza como lo tenia probado; pues se le habia visto sacar un niño de las ondas del desbordado Loira, exponer su vida por salvar un corral incendiado, favorecer á los obreros de las herrerías de Coarne que diezmaba una epidemia, y mostrar en fin por la existencia el generoso desden de los hombres de heróico corazón. ¿De dónde pues, trae su origen el que en este crítico momento titubee y retroceda. . . .? ¡Ah! Sin duda el oro, el poco oro que ha ganado, ha derramado sobre él un funesto entorpecimiento. . . .

¡Es que aprecia mucho la vida desde que se presenta á sus ojos rodeada de algunos goces materiales! ¡Es que la egoísta avaricia ha helado en su corazón las vivas fuentes de la devoción y de la caridad! Un reñido combate se trabó entonces en el alma de

Octavio entre la buena y la mala naturaleza; y mientras estaba en esta lucha interna, interrumpia de vez en cuando el silencio de la noche algun sordo gemido que exhalaba el triste moribundo que tan próximo se encontraba. . . . Su voz débil y lastimosa donde parecian gemir á la vez el aislamiento, el destierro y la enfermedad, encontró al fin el seguro camino en el corazon de Octavio mas resfriado que endurecido.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que hago aquí? dijo entre sí. ¡Esto es vergonzoso! ¡Salgamos!

Y salió fuera de su choza y corrió á socorrer al enfermo; la puerta estaba entreabierta. . . . una lámpara pequeña esparcia en la estancia una débil claridad. En el fondo de la cabaña, sobre un pobre lecho, el infeliz minero estaba acostado y su contraida fisonomía anunciaba una muerte próxima. Pero no estaba solo. Un hombre se veía junto á él que sostenia cariñoso su desfallecida cabeza, que procuraba calentar sus manos heladas, y que recibia su aliento frio sin temer sus impuras exhalaciones. Este hombre era un sacerdote. Octavio quedó en pié sobre el umbral detenido por la doble majestad de la religion y de la muerte. . . .

Solo se escuchaba la voz del misionero exhortando al alma próxima á partir, y algunos lánguidos suspiros del moribundo exhalados como últimas señales de la vida. Por fin el cuerpo del infeliz enfermo se cubrió con el frio de la muerte, y sus desfallecidos o-

jos dirigieron al mundo su última mirada. . . . La voz del que rogaba se elevó diciendo: “¡Partid, alma cristiana. . . .!” Y todo terminó.

El sacerdote cubrió con su capa la lívida faz del cadáver, y al oír tras sí un ligero ruido miró hácia atrás, y vió á Octavio á quien saludó y le dijo con dulzura:

—Retiraos, señor, no desafiéis sin necesidad los peligros. Yo basto para desempeñar los últimos cuidados.

No se atrevió Octavio á reclamar su tardío deber. Confuso y triste, se retiró de aquel sitio, y marchó á pasearse para distraerse á las orillas del Yuba, llevando con él las mas amargas reflexiones y los mas terribles remordimientos.

Al dia siguiente, en el instante de entregarse al reposo, después de largas horas de trabajo, bajo la sombra de una higuera nacida en las rocas, vió pasar delante de él, al sacerdote que desde la víspera ocupaba su pensamiento. Octavio le saludó, y el sacerdote le dirigió algunas palabras sobre la hermosura del dia, y sobre los duros trabajos de los mineros en el francés mas correcto, y con aquel tono fácil y gracioso propio de la alta sociedad. Mientras hablaba, Octavio le examinaba detenidamente.

Iba vestido de una sotana pobre y usada, no llevando otra riqueza ni otro ornamento que su crucifijo de misionero, colocado en la cintura, humilde cruz de madera donde estaba un Santocristo de cobre; pero

en medio de tanta pobreza, el ministro del Señor conservaba toda la dignidad propia de la alta misión que desempeñaba en la tierra, unida á la exquisita distincion del hombre de clara inteligencia y bien nacido. Cierta melancolía, propia del destierro, se mezclaba en su frente al valor del apóstol y al fervor del religioso. Animado Octavio por su marcada dulzura se atrevió á hacerle algunas preguntas.

—Soy francés; respondió á una de ellas, el misionero; me llamo De***.

Su apellido era sin duda uno de los mas ilustres de Francia. Octavio habia aprendido en la escuela al mismo tiempo que la historia de la patria, el nombre de aquel humilde misionero que ocupaba en ella mas de una noble página. Recordó tambien que en su provincia natal habia visto una hacienda perteneciente á esta antigua familia, y que pasando por frente al enrejado de tan deliciosa morada, habia admirado con frecuencia las prolongadas calles de corpulentos árboles, los deliciosos jardines, y las torrecillas que se dibujaban en las limpidas aguas de los estanques. ¿Y sin embargo el dueño de tan considerables riquezas las habia abandonado. . . .? ¿Habia dejado su patria, su familia y su fortuna por marchar al otro lado de los mares, para enseñar á algunos indios á conocer á Dios, ó para socorrer y consolar en el instante último de la vida, ó algunos compatriotas arrojados léjos de su pais. . . .!

Estas reflexiones de Octavio derramaron en él á pesar suyo, alguna luz.

—¿Con que os habeis privado de todo? le dijo al misionero.

—Eso todo es de muy poco valor ciertamente.

—¿Vuestra patria?

—Toda la tierra es del Señor.

—¿Vuestra familia?

El misionero bajó los ojos sin responder, porque aquella palabra, mas que cualquiera otra, resonaba en el fondo de su corazón.

—¿Vuestra fortuna? prosiguió Octavio.

—¡Ah! señor, ¡qué ligero sacrificio! ¿Qué son los bienes todos de la tierra cuando no sirven para comprar una hora solamente de felicidad?

—¿Pero los placeres del mundo?

—He llegado á conocer la nada.

—¿Qué es pues entonces, segun vos, la dicha?

—Amar á Dios y servirle constantemente; ved ahí la criatura humana. En ese Dios purísimo y tierno es donde se encuentra la verdadera paz, único bien para el hombre en este mundo. Vos buscais los tesoros: vos hareis, no lo dudo, buen uso de ellos; pero creedme, causa mas placer el despojarse por Dios de cuanto uno posee, que atesorar todas las riquezas de las Indias.

—Yo he sido pobre toda mi vida, y deseo poseer á

mi vez una parte de esos bienes que vos habeis despreciado.

El misionero movió la cabeza, y respondió: —

—Y toda vuestra vida direis: “¡Tengo sed....!” Toda vuestra vida desearéis aumentar esos falsos bienes, sin que jamás consigais ver saciados vuestros deseos.... Sin embargo mi apreciable compatriota yo os deseo un éxito feliz.... ¡Que Dios bendiga vuestros trabajos....

—Yo os ofrezco el primer diezmo de mis futuras riquezas: replicó Octavio apretando la mano que le habia alargado el misionero.

—Y yo lo aceptaré, para socorrer á algunas personas necesitadas que están allá abajo.... pues yo no tengo necesidad de nada.

Al pronunciar estas palabras el sacerdote se alejó y Octavio al verle marchar, dijo interiormente: —

—¿Será verdaderamente dichoso, léjos de todo lo que á mis ojos encierra tantos atractivos? ¿Dichoso porque se encuentra amando á Dios....? ¿Dichoso, á pesar de todo lo que ha dejado en su patria....? ¡Qué problemas!

Octavio volvió á emprender su trabajo, pensando siempre en aquel hombre que en medio de los goces y de la vida civilizada, no habia encontrado mas dulzura que la de despojarse de los bienes terrenos otra libertad que los lazos que le ataba al Eterno, mas dulce reposo que el trabajo, ni otra dicha que las privaciones y los padecimientos.

VI. EL INDIIO PABLO.

El perseverante trabajo de Octavio no habia producido aun grandes resultados; pero su obstinada voluntad, no desmayaba por estos contratiempos. Habíase internado mas y mas en las montañas siguiendo una vena que habia abierto; y que, aunque poco productiva, alimentaba entre tanto sus esperanzas por medio de algunos insignificantes sucesos obtenidos de tarde en tarde. Nada aflojaba su ardor; ni la fatiga, ni el fuego abrasador del clima que le obligaba á sufrir todas las caprichosas intemperies.